

Interface: Un ruiseñor en la pantalla (2008)

“Interface: Un ruiseñor en la pantalla (2008), és l’acceptació del no-res com a veritable punt de partida, abans de tota altre acceptació, comprensió o concepte.

Creant ponts de diàleg amb el taoisme i el budisme, es fa evident una percepció de la realitat des d’una actitud d’acceptació incondicional i de recepció socràtica. El punt de partida és una interpretació oriental de l’eros Platònic, entenent com un rebuig arbitrari al no-res la presència de les idees, probablement degut a l’existència de les religions monoteistes en temps d’interpretació dels manuscrits grecs. Texts actuals de física, neurologia i biologia, complementen un assaig que proposa un punt de vista diferent, que ahora permet implementar les noves tecnologies en l’art contemporani.

El text *Interface: Un ruiseñor en la pantalla (2008)* allibera a l’observador de la dictadura de la idea i canalitza, amb un logos que pot ser veritat però mai real, una recepció de la obra sotmesa sempre a l’experiència individual, entenent tot allò visible com un flux d’analogies. Per tant, allò vist sempre és, en sí, vers una atracció natural a la seva desaparició, i definitivament artista i observador són lliures, en tot moment, per a reorganitzar i interpretar, mesurant les arbitrietats socials i culturals si volen comunicar-se.

En una societat passiva la manipulació i deformació de la realitat esdevé clarament un mitjà de control fàcil i perillós. En aquest no-res la informació circula i crea realitat amb plena llibertat. L’eros platònic és amés revisat com un vehicle, en sí immers dins l’experiència de la realitat sensible, però que és el mitjà pel coneixement de l’harmonia amb la realitat, social, individual o universal”.

de l’assaig Interface: Un ruiseñor en la pantalla (2008).

Y ese instinto por dudar no se detiene jamás, no logra detenerse. Como una turbulencia antigua persiste cuestionando y dudando de todo lo visible. Y la realidad emerge, sangra, espanta, embriaga una vez reaparecida la duda. O quizá pueda decirse que es la palabra del poeta quién saca la realidad de ese estanque sin voz, y el escriba es quién anota esos signos. O quizá ocurre que la realidad emerge, de su invisible laguna emerge, cuando el visionario invoca, advierte, y casi logra prenderla, atraparla en el conocimiento con un gesto libre, audaz, alejado de todo concepto o simulacro.

Fuente de vida, finalmente, de algún modo siempre es buscada esa zona oculta, ese vacío. La murmuración de ese estómago, de ese vientre antiguo que en siglos pasados engendró la escena en una cueva, es presentida, buscada, y fuente de todo lo visible.

Todo lo visible es hacia esa nada. La duda sigue hoy. Y desde la hondura no cesa de oírse, en nuestra escena esa inquietud

antigua, puede oírse como un fondo turbado e impredecible, que asusta y siembra de preguntas esa vida lenta y cotidiana que recorre el simulacro. Y detrás de cada duda reside el acto heroico de la humanidad hacia el vacío. Sí, siempre buscamos ese origen. Siempre reemprendemos con calma ese camino revisando al monstruo.

Y hoy, con esa mirada de máquina añadida, debemos seguir haciéndolo, para preguntar ¿qué hay allí exactamente? Y seguir vagando de la luz a la penumbra, con esa máquina alumbrando más, mucho más, para darnos existencia sin negar jamás la duda, hasta esa penumbra que desvela el simulacro, para acaso ver lo invisible, para ocultarlo de inmediato, aunque con ese presentimiento de nada. El cantar de la humanidad hacia nada.

La computación, ese algoritmo que integra datos y almacena visiones, no logra dudar de ese modo. Hoy junto a nosotros está la objetividad de esa lente ciega, de esa nueva inteligencia artificial que alumbramos más, mucho más, para lograr sólo una penumbra, un simulacro que se agrietará y desvelará con tan sólo dudar.

Hablemos con ella de poesía, de ciencia, de mística. Hablemos de un nuevo convencimiento para un viaje simplemente de nuevo a lo indeterminado y oculto. Para intentar desocultarlo después, para vivir la libertad ante una intuición de esa nada, ante acaso una presencia de lo invisible asombrando, para ocultarla después quizá, aunque es improbable concluir algo estable.

La atracción a ese vacío es irresistible, fascinante, fuente de libertad desconvocando lo visible, empujando todo hacia nada. Esa palabra de poeta, de orador atraído al vacío, fuente de libertad timbrando en la puerta de nada, todo hacia nada, desorganiza, duda de lo visible. Para acercarnos a la realidad, a esa informidad. Para desvelar ese simulacro que dicta lo verdadero, lo visible, lo válido. Para convocar y orquestar al concepto, en el interior de esa interfaz del observador con lo observado, de esa analogía indivisible de imágenes que simulan todas lo visible. La interfaz.

La robustez de las apariencias casi alcanza a ocultar la realidad, pero en instantes de lucidez es posible advertir su aspecto monstruoso, impredecible. Y quizá ese presentimiento puede provocarnos temor, sí. Aunque la mística logró acomodarnos, para concluir que estamos en casa, que esa monstruosidad es nuestro hogar. Aunque con temor, a menudo, ciframos para ocultar su aspecto y predecirlo. Aunque la mística, después, advierte de nuevo que no debemos temer nada. Y entonces sobre esas cifras se eleva una nueva formulación, o un nuevo verso que germina al instante, maravillado el orador con ese cantar simple, alegre, celebrando su duda con calma, ese presentimiento de vacío que siempre advierte con la duda.

La razón después quizá interpreta, cifra, calcula o responde con conceptos. Y recreamos símbolos, esa cáscara para la fonética ante el vacío. A menudo ocultando la realidad, para después intentar desocultarla. Aunque la mística persiste advirtiendo que el amor nos acoge si no hay temor, que no debemos temer nada. Pero ciframos, acordamos comprender. Ocultamos, numeramos, cantamos. Y después regresamos a intentar desocultar, a revisar el lecho de ese vacío. Maravillosa humanidad. Cantar la vida ante la vida.

Un proceso de humanización que empezó en las sombras, en esa cueva, con esas formas animales. Y hoy nos conduce hasta el plasma, a la cueva eléctrica, aunque todo lo visible siempre es, en sí, en cuanto a su nada, una interfaz, una indivisible analogía del observador con todos sus instantes de observación, que puede convocar los conceptos a un diálogo libre entre sí.